

## Título: Si el amor llama a tu puerta

Sé que para ti, simple ciudadano del año 2023, la posibilidad de que a través de múltiples puertas se pueda viajar en el tiempo es tan increíble como para un etrusco un viaje espacial. Aun así, se puede, de igual modo que son posibles las estaciones espaciales. La estructura para abrir una puerta temporal tiene que darse entre puertas con coincidencia parcial en tamaño, es decir, no han de tener exactamente el mismo tamaño; pero si caber una dentro de la otra y solo se puede atravesar por la zona común a las dos. Por tanto el tamaño de la puerta es el de la más pequeña y ambas jambas tiene que ser de granito, la única roca que permite saltos en el espacio-tiempo.

La puerta en la que se inicia esta historia es la de San Vicente, que en tu insulso 2023 está en una imponente rotonda junto al intercambiador de Príncipe Pio (donde siempre hace frío). Fue una puerta que daba acceso a Madrid y que se construyó en 1726 por orden del marqués de Vadillo, a la sazón, alcalde de la capital de España por aquel entonces.

Nuestros artilugios temporales se instalan en la puerta de granito, si sigue existiendo o en unos bloques móviles transitorios, pesados pero muy útiles. Estos mecanismos buscan puertas de tamaño parecido hacia la fecha programada y en un radio máximo de diez kilómetros.

Mi ayudante para todos los temas técnicos era bastante más joven que yo, entre 16 o 17 años dependiendo del momento del año en el que nos halláramos, cuestión de fechas de cumpleaños y de circunstancias temporales varias. Sí, yo también veía que era una diferencia de edad bastante grande, casi una generación que dicen que son dos décadas. Como compañeros de trabajo eso era irrelevante, no así para los sentimientos que poco a poco, como una gota tenaz que hace una marca en la roca, se iban incrustando en mi corazón. Me autoconvencí de que la diferencia de edad no importaba, puesto que como digo Gardel “Veinte años no es nada” y en este caso eran menos.

La puerta de San Vicente y sus inmediateces eran nuestro campo de trabajo “témptico” habitual. Realizábamos estudios históricos y de costumbres sobre la Villa y Corte de Madrid, alguna vez ampliábamos a sus alrededores sin ningún éxito significativo.

Hablábamos bastante, e ilusionada pensé que me había tirado alguna indirecta: me quería invitar a un café fuera del trabajo, me mandaba mensajes que no eran laborales y yo le incluía besos y abrazos como despedida que el correspondía a su vez con besos y abrazos (teníamos tantos que los podríamos coleccionar), me felicitaba en mi cumpleaños y siempre veía mis historias en redes sociales, aunque rara vez las comentaba.

Cuando quedamos para ese café le invite yo para que no pensara que era una aprovechada o que solo iba porque pagaba él. Estuvimos hablando más de dos horas. No supe sacar el tema amoroso; soy una persona tímida, un desastre en este tipo de cuestiones.

En nuestro trabajo apenas coincidíamos durante dos horas a la semana y siempre delante de más compañeros. Así que hablábamos, pero de nada sustancial. Cada vez fuimos intercambiando menos mensajes por redes sociales, incluso me dejó alguno sin contestar. Un me gusta aquí y ver mis historias nada más colgarlas. Poco más, así que como mi inseguridad partía de la diferencia de edad me fui convenciendo de que no tenía nada que hacer. No hubo una declaración firme de fin, como tampoco hubo un principio. Enamorada, seguí soñando con el futuro. De este modo fue como caí en algo obvio: yo tenía el tiempo en mis manos. Podría darme un paseo por el futuro, para ver cómo estaría él más adelante. Tendría que hacerlo con disimulo, además vivir en dos épocas no sería nada barato.

Cogí la puerta de San Vicente y salté dos años hacia el futuro. Para ir tanteando era un salto muy adecuado. Me encontré con un portazo. Se había echado novia y estaba enamorado de ella. ¡Menuda mala suerte! Salto en el tiempo dos años para llevarme este chasco y para más envidia tengo ver unas fotos de su viaje a Paris que no para de enseñarme en su móvil. Las típicas fotos pastelosas con luz blanca de día nublado, porque sol en la capital de Francia... solo a ratos.

En mi necesidad pensé: “Seguro que en unos meses cortan”. Así que viaje otros dos años más hacia el futuro. Los hados temporales castigaron mi maldad. Esta vez lo que me comí enterito fue el video de su boda en el que también salimos los compañeros de trabajo. Yo con mi vestido largo de fiesta miraba a cámara muy sonriente. Mi aventura iba de mal en peor. El tiempo se conjuraba contra mí.

Salté otros dos años más y ví algo totalmente novedoso, pero a lo que el resto estaba muy acostumbrado. Una especie de video, pero con volumen, en el que el

bebé salía haciendo sus primeros gorjeos. Disimulé como pude mi asombro para que no descubrieran que me había adelantado en el tiempo; puesto que viajar hacia el futuro, aunque posible, no estaba bien visto. Se consideraba que rayaba la falta de cordura. Por poner un ejemplo, sería como en tu época pasear en tanga por la Puerta del Sol, prohibido no está, pero es de chalados.

Recorrí otros dos años más. Seguía feliz y contento. Empecé incluso a alegrarme por él. Otros dos añitos más no me harán mal, pensé y viajé. Para mi sorpresa ya no trabajábamos juntos aunque manteníamos el contacto a través de redes sociales, que yo las sigo llamando así, porque es como las llamáis el 2023, para que me podáis entender, pero que son mucho más avanzadas y específicas, ¿Cómo si no podría saber tanto de su vida en tan poco tiempo?

Al grano, habían pasado diez años y se le veía aplastado por la vida, envejecido, como cansado, aunque la verdad es que esto podría ser solo el efecto normal del paso del tiempo.

Viajando dos años más hacía el futuro me enteré de que había sufrido una enfermedad y que por poco no lo cuenta. Su esposa había sido para él un pilar fundamental para recuperarse anímicamente. Ella me empezó a caer medio bien. En el siguiente salto de dos años me llevé una gran sorpresa. Su mujer le había dejado por otro. ¡Que mentecata! Algunas no saben la suerte que tienen. Este es mi año. Me lié la manta a la cabeza y me fui a verlo.

Como habían pasado catorce años y no quería que me tomara por loca me inventé la historia de que yo era mi propia sobrina, por supuesto inexistente. Siempre he sido muy peliculera. Resulta que cuando me hice la encontradiza para conocerlo, él se acordaba de lo mucho que le hablaba mi tía de mí. Intente no poner cara de sorprendida cuando me dijo: “Te pareces tanto a tu tía cuando era más joven...”.

Para acto seguido confesar que él siempre había estado medio enamorado de mi tía, pero que ella no le hacía ni caso. ¡Habrased visto! El que no me hacía ni caso era él. Nos tomamos un par de cervezas y acabamos, como no podía ser de otra manera, en su casa. Vivimos una tórrida historia de amor de varios meses. Vivir en dos épocas era agotador física y económicamente.

Fue durante el quinto mes de relación cuando empecé a notar que tenía un cansancio extremo y que mi cabeza no funcionaba con normalidad. Fui al médico en mi época, me sinceré con él y le conté mi doble vida en el tiempo. Me comentó que

los efectos del viaje temporal hacia el futuro no estaban estudiados, precisamente por el estigma que lo rodeaba. Lo mejor será que te olvides de los viajes, me recomendó, y me recetó una baja de un mes para que pudiera descansar. “En este tiempo” –aclaró-. Así que hice por improviso mi último viaje en el tiempo. Tenía que despedirme de él. La sorpresa me la lleve yo. Me la estaba pegando con su exmujer.

Estaba tan cansada que ni me cabréé. Volví a mi tiempo y me tomé el mes de descanso para reflexionar. Cuando regresé a la oficina empecé a estar distante con él y a hablarle de mi sobrina. No quería alterar el espacio-tiempo.

Por cierto, por si te lo preguntas, encontré el amor en mi tiempo y además con un hombre bastante más joven que yo. Así que no era fingida mi amplia sonrisa en su video de boda.

Todavía hoy, jubilada como estoy, cada vez que paso cerca de la vieja puerta de San Vicente, siento una punzadita por lo que fue y por lo que no fue. Desventajas de viajar al futuro. Sigue sin estar prohibido; pero yo no lo recomiendo en absoluto. Creo que tiene consecuencias físicas y mentales. No iría al futuro ni de vacaciones.